

diarlos se necesita quererlos... Los niños... Cuando el corazón se abre..., la compañía de las niñas de su edad...»

— ¿Qué significa esto?, exclamó el joven temblándole la voz y pasándose la mano por la frente; recorrió el pliego desde el principio hasta el fin y vió que estaba transcrito en él todo el discurso que pronunció una noche sobre la educación de los niños.

— Pero esto aún no es nada, dijo la criada; dígame usted cómo se le puede ocurrir á una joven hacerse un ramo de esta facha y guardarlo como una alhaja.

Y al decir esto sacó de una cajita y enseñó á Riconovaldo un ramito de flores secas con el tallo de un palmo de largo y atadas de cualquier modo con una hoja de ensalada. El joven reconoció el ramo que había regalado por burla á Cándida y que ella tiró á un rincón.

— ¿Qué le parece á usted?, le preguntó la vieja tirándole de un brazo, pues parecía extático. ¡Y decir que besaba estas flores como si se las hubiera regalado su novio! Explíqueme usted todo esto.

— Un momento, contestó el joven acercándose á la ventana para reflexionar á solas.

Riconovaldo era justo y bueno; el descubrimiento de aquel secreto excitó todo lo excelente y generoso que había en su alma; un impulso de alegría, una sensación de dolor amargo, un arranque de ternura y de compasión le oprimieron el corazón á la vez, se le llenaron los ojos de lágrimas, tenía la respiración jadeante, y murmuraba para sí, agitado: «¿Conque estaba equivocado? Esa joven es buena, es santa, me amaba; la razón de su frialdad está en esas palabras de la novela; no podía esperar nada, creía imposible que yo la correspondiese, se quería sustraer al peligro, se quería vencer; callaba, sufría, se quería sustraer al peligro, se quería vencer; callaba, sufría, lloraba, me perdonaba, escribía mis palabras, besaba mis flo-

res, y yo la juzgaba sin corazón, me mofaba de ella, la zahería, la he insultado; yo, que no soy digno de besarle el vestido, he insultado á esa joven desgraciada, á ese pobre ángel sin esperanza ni consuelo: ¡soy un villano!

— Señor Riconovaldo, dijo de pronto la vieja, ha llegado el coche; váyase usted corriendo; ¡pobre de mí si Cándida lo ve á usted aquí! Apenas tendré tiempo de poner los libros en su sitio.

— Váyase usted.

— No, no; usted quiere que me riñan; por Dios, váyase. Cándida llega ya. ¡Por favor, salga usted!

— La espero.

— ¡Ah, no, señor..., por caridad!.. ¡Dios mío, ya está aquí!

— ¡Ah, Cándida, Cándida!, exclamó Riconovaldo con acento profundamente doloroso y suplicante, acudiendo á su encuentro con las manos juntas; ¡perdón, mi pobre Cándida, perdón!

Cándida comprendió al punto lo que pasaba y retrocedió dando un grito.

— No, Cándida, prosiguió afectuosamente el joven, cogiéndola de una mano y llevándola presuroso junto á la ventana, no huyas de mí; perdóname; eres buena, eres un ángel; he visto un libro, las flores, aquel pliego; no sabía nada, no podía imaginarme..., me he portado indignamente; pero tú eres buena, Cándida; perdóname; no puedo vivir con este remordimiento en el alma; sería una desesperación; yo no soy malo, te lo habré parecido, pero no lo soy, te lo juro; hablaba por despecho, creía que me despreciabas y me sentía ofendido; perdóname, dime que darás al olvido todas mis palabras; sé que te he hecho daño; lo niegas porque eres buena, pero te he hecho daño; si no me perdonas, viviré siempre con ese roedor y esa vergüenza; te he insultado, Cándida; perdóname...



No, no basta el perdón.

— ¡Riconovaldo!, exclamó Cándida con voz ahogada, procurando desprenderse de sus brazos. No es cierto..., se ha equivocado usted..., déjeme...

— Estás ofendida, prosiguió el joven con voz afanosa, besándole el vestido á cada palabra; no me quieres perdonar, es justo; es imposible dejarte así: no sabría qué hacer de mí, no me podría sufrir, sería demasiado despreciable hasta á mis propios ojos; me parecería verte siempre llorando, serías para mí un recuerdo doloroso para toda la vida; no puedo irme sin tu perdón; Cándida, por favor, perdóname..., querida, buena Cándida...

— Sí, perdono..., murmuró la joven con voz semiapagada, poniéndole una mano en la frente para tenerlo apartado; pero váyase usted...

— No, no basta el perdón, Cándida; dime alguna otra palabra; no has dicho *perdono* con el corazón; dime que me lo perdonas todo, que lo olvidarás todo, que no me tienes por un hombre indigno, que mis palabras no te harán llorar, que las tomarás como palabras de un insensato, pronunciadas en un momento de pasión; quiero ser estimado de ti; no puedo soportar la idea de que me desprecies, tú que eres tan buena; dime que todavía me aprecias; necesito tu perdón y tu aprecio!...

— ¡Mi aprecio!, exclamó Cándida reprimiendo un vivo arranque de cariño.

— Sí, sí, Cándida, dime esa palabra bendita; dime así: «Riconovaldo, te perdono y te aprecio.»

— Pues bien, sí, exclamó Cándida fijando sus ojos ardientes y suaves en los ojos preñados de lágrimas del joven; ¡te perdono, te aprecio., te aprecio y te... aprecio!..., añadió en voz baja.

— ¡Cándida!, gritó el joven levantándose como movido por un resorte y cogiéndole la cabeza entre las manos: ibas á decir otra palabra..., ¡dila!

Y Cándida le susurró al oído: «¡Te amo!,» y escondiendo la cara en el hombro del joven, prorrumpió en un llanto desesperado.

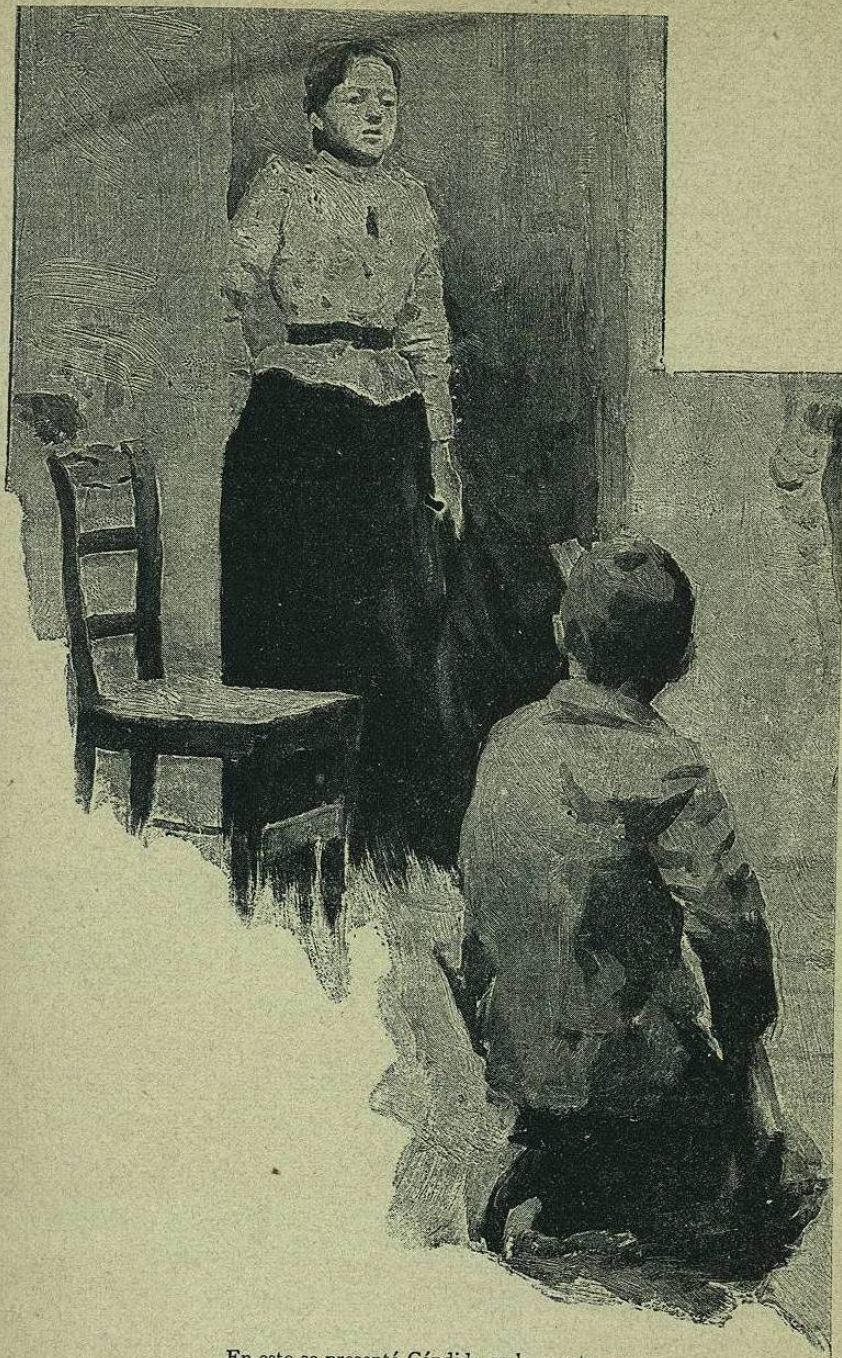
## XXIII

Sobresaltólos en tal momento un estrépito que resonó en el terradillo hacia la parte del cuarto de Iris: primero oyeron la voz de Furio, luego la de Carlos, después el sonido de una estruendosa bofetada, un grito de Iris y ruido de pasos precipitados.

— ¡Ah, lo temía!, gritó Cándida lanzándose fuera del cuarto, seguida del joven.

Furio, ignorante de la llegada de Carlos, regresó á la quinta cuando era ya de noche; y al ver luz en el cuarto de Iris y á ésta á la ventana de espaldas al campo, corrió de puntillas al terradillo, trepó poco á poco al antepecho, y la besó en los cabellos diciéndola apasionadamente: «¡Ángel querido!» El marido, que estaba en el cuarto, le arrojó de la ventana de una bofetada, haciéndole caer de bruces sobre las macetas.

Furio, aterrado, tembloroso, con la cara ensangrentada, pálido como un difunto, se precipitó por las escaleras en busca de un refugio. Carlos lo persiguió; el niño se metió en la primera pieza de la planta baja, pero no tuvo tiempo de cerrar la puerta; su hermano entró amenazándole; él, enloquecido de espanto, cogió una escopeta que había en un rincón y se puso en guardia dando la espalda á la pared. En esto se presentó Cándida en la puerta; Carlos se adelantó más encolerizado;



En esto se presentó Cándida en la puerta.